

do. Oh Dios! Como rodaban en manos de todos la plata y el oro...
Mientras más se desparatama más crecía la abundancia; y parecía
también que con cada "peso", con cada "dólar", se desarrrollaba
un nuevo victo, se inventaba un nuevo pecado, que olamaba al otro
lo por venganza. Aún recuerdo las misiones en las calles y en
las plazas, que excitaban a la penitencia. Aún recuerdo las pro-
cesiones de disciplinantes, que con su sangre pretendían aplacar
la ira divina. Todo en vano! Mando Dios mismo, si que no se
ingratia ha denominado el "más eficiente misionero", el colera
mundo. Pero en vano enriqueció los cementerios con "barras" de
incontables cadáveres. También de la peste se puró la muchedum-
pre engreída con sus riquezas, y las malas costumbres, y el
ritu de rapina, y todos los vicios afortunaron reinando en medio
de la muerte y desolación. Ah! Qué habla sido de nuestra ciudad
si nuestra Reina no hubiera estado en vela constante intercedien-
do por nosotros!

Con otro enemigo, igualmente formidable, nos ha protegido de-
una manera especial: contra el monstruo de la Discordia. Quién
me diere el pincel de Homero para pintárcela con todos los horro-
res!

Del homicida Marte compañeros
Y hermanos: la Discordia, que al principio
Es de corta estatura, pero luego
Creciendo lentamente, la cabeza
En los cielos afirma, y con su planta
Huelia la tierra y en furor insano
Nunca se saca de bañar.

Contra este monstruo, tan destructor aquí como en los campos
de Troya, nos ha defendido sin cesar la Virgen Santísima. A la
generación actual, que una no han medido ya como la nuestra,
los vaivenes de la guerra civil; que está acostumbrada a la paz,
y a la estabilidad de los gobiernos, tanto en el Centro como en
los Estados, no causará maravilla la historia del nuestro a los
principios de la independencia. Pero a los que vive y sentimos
los horrores de las luchas fratricidas, el continuo cambio de go-
bernantes, las terribles venganzas de los vencedores; a nosotros
si a pesar de haber pasado tantos años, no dejara nunca de can-
sarnos admiración el primer gobernador (1) de Guanajuato indepen-
diente, durante en el poder siete años consecutivos, desafiando
su territorio neutral e impidiendo que sobre él se derramara una
gota de sangre, afirmando la paz cuando la guerra ardía en de-
redor, y haciendo florecer la Religión, las ciencias, las le-
tras, la minería, la industria. Su ejemplo fue seguido por los
gobernantes de todas las capitales y todos los partidos. Cuidados
de religio fueron las nuestras, como las que manda Dios conser-
vase en el antiguo Israel, y la moderación y la fraternidad fue-
ron siempre las distintivas de nuestros gobernantes.

(1) Don Carlos Montes de Oca.

Hubo, por supuesto, épocas excepcionales. En todo cuadro tie-
ne que haber sombras, y sin ellas no resaltaría la belleza del -
colorido. Pero siempre el espíritu de templanza que distinguió a
los gobernantes de este Estado, mostró que sobre ellos gobernaba
un poder superior, el de nuestra Reina y Señora, que todo diri-
gía y todo enderezaba para nuestro bien.

I I
Pladosa, cuanto sencilla y empapada en poesía, fué la costum-
bre española que declaraba a la Virgen Santísima Superiora de un
convento, quedando la Abadesa como su lugarteniente. Una tradi-
ción de este género ha suministrado a un célebre poeta moderno -
hermoso asunto para una de sus inmortales leyendas.

El Rey de Portugal, Juan IV, de despojó de su diadema en el -
acto de ser coronado, y la puso sobre la cabeza de la Virgen, a-
quien declaró soberana del reino; y ni él ni sus sucesores han -
portado después la corona que cedieron a María.

El actual Arzobispo de Michoacán (1) también la declaró Prela-
da de su Arquidiócesi, y él se hizo a un lado modestamente nom-
brándose su Vicario General. Un sentimiento análogo movió a nues-
tras autoridades, durante la guerra de independencia, a declarar
a nuestra augusta Patrona Capitana general de la provincia. No -
sé si se conservan todavía, el bastón, los cañones de oro y las -
demás insignias de su mando militar, que yo recuerdo haber visto
en mi infancia. Que nadie se ría de la sencilla fe de nuestros -
antepasados! Lo que ellos hicieron, es lo que nosotros debemos -
hacer hoy y en lo porvenir, aunque adoptando otras insignias y -
dándole otra investidura.

El sabio, cuanto desventurado Fray Luis de León, en su obra -
tan elegante como ascética de los "Nombres de Cristo", nos ense-
ña que Jesucristo es Rey, pero no como los reyes de la tierra de
los tiempos antiguos y modernos, sino de una manera singular.

No me es posible ponerlos delante de los ojos todos los rasgos
característicos de Cristo-Rey; pero sí me detendré en uno, tan -
bello y tan a propósito, que estoy seguro que os hará profunda -
impresión. "Quién podrá decir ni entender (dice en su clásico -
lenguaje el místico Agustiniiano) si no es el mismo que en sí lo -
experimenta y lo siente, las formas pladosas de que Dios usa con
uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura per-
der? Sus inspiraciones continuas, sin nunca cansarse ni darse -
por vencido de nuestra ingratitud tan continua, el rodearse por-
todas partes, y como un castillo torreado y cercado, el tener -

(1) D. Atenógenes Silva.

Hubo, por supuesto, épocas excepcionales. En todo cuadro tie-
ne que haber sombras, y así ellas no realzarían la belleza del
colorido. Pero siempre el espíritu de templanza que distingue a
los gobernantes de este Estado, mostró que sobre ellas gobernaba
un poder superior, el de nuestra Reina y Señora, que todo diri-
gía y todo ordenaba para nuestro bien.

I I

Las cosas, cuanto sencilla y empírica en poesía, fue la costum-
bre española que dedicaba a la Virgen Santísima Superiora de un
concepto, cuando la Adoraba como un lugar teniente. Una tradi-
ción de este género ha suministrado a un célebre poeta moderno
harmónico tanto para una de sus inmortales leyendas.

El Rey de Portugal, Juan IV, de después de su hijo en el
acto de ser coronado, y la puso sobre la cabeza de la Virgen, se-
gún he leído en la historia del reino; y ni él ni sus sucesores han
portado después la corona que cedieron a María.

El actual Arzobispo de Michoacán (1) también la declaró Pre-
fata de su Arzobispado, y él se hizo a un lado modestamente nom-
brándose su Vicario General. Un sentimiento análogo movió a nues-
tras autoridades, durante la guerra de independencia, a declarar
a nuestra augusta Patrona Capitana General de la provincia. No
se al se conservan todavía, el bastón, los cañones de oro y las
gemas insignias de su mando militar, que yo recuerdo haber visto
en mi infancia. Que nadie se ría de la sencillez de los nuestros
anteponiendo lo que ellos hicieron, es lo que nosotros debemos
hacer hoy en lo porvenir, cuando adoptando otras insignias y
dándole otras investiduras.

El asilo, cuanto desventurado Rey Luis de León, en su obra
tan elegante como sencilla de los "Nombres de Cristo", nos ense-
ña que Jesucristo es Rey, pero no como los reyes de la tierra en
los tiempos antiguos y modernos, sino de una manera singular.

No me es posible ponerlos delante de los ojos todos los rasgos
característicos de Cristo-Rey; pero si me detengo en uno, tan
bello y tan a propósito, que estoy seguro que os hará prodigios
impresión, "Cristo podrá decir ni entender" (dice en su clásico
lenguaje el místico Agustiniense) si no es el mismo que en el lo-
experimento y lo siente, las formas plásticas de que Dios usa con
uno para que no se pierda, aun cuando el mismo se procura per-
der; sus imperfecciones continuas, sin nunca cansarse ni darse
por vencido de nuestra insignificancia tan continua, el rodearse por
todas partes, y como un castillo torreado y cerrado, el tener

(1) D. Atenciano Silva.

tentar la entrada por diferentes maneras, el tener siempre la ma-
no en la aldaba de nuestra puerta, el rogarnos blanda y amorosa-
mente que le abramos, como si a él le importara alguna cosa y no
fuera nuestra salud y bienandanza toda el abrirle; el decirnos -
por horas y por momentos con el Esposo: "Abreme, hermana mía, es
posa mía, paloma mía y mi amada y perfecta, que traigo llena de
derramó mi cabeza, y con las gotas de las noches las mis guedejas."

Basta ya, sabio Maestro. Son más que suficientes estas pala-
bras para probarnos que Jesucristo Rey es muy diferente de los -
soberanos de la tierra. Sólo se le asemeja su bendita Madre, la-
que fué coronada en su gloriosa Asunción Reina de los Angeles y
de los hombres, la que ha sido en especial Reina y Patrona de --
nuestra Ciudad, que dejando hoy sus atavíos ordinarios se viste-
de ricas galas, y acaba de recibir nueva corona enviada directa-
mente por el representante de su Hijo divino.

Pero por qué ese continuo atisbar a nuestra puerta, ese ro-
dear constantemente nuestra morada, cual si corriésemos nuevos -
peligros y nos amenazase ruina ni prevista ni conocida? Si se em-
peña en salvarnos a despecho de nosotros mismos, quiere decir es-
ta redoblada vigilancia que nos empeñamos en perdernos?

Dura es la respuesta; pero inevitable. Sí, nuevos peligros --
nos amenazan, y por esto la Divina Providencia le encomienda con
redoblado afán nuestro patrocinio, y el Rey de los cielos la to-
ca con su cetro imponiéndole nueva corona.

El enemigo que nos cerca no es el mahometismo ni el paganismo
de antaño; no son las riquezas ni la Discordia. Es el indiferen-
tismo, el apego a las comodidades de esta vida, el afán porque
prosperen la industria y el comercio, con mengua de la Religión-
y de la Fe. De este nuevo peligro nos quiere salvar, y en tal --
virtud, el Sumo Pontífice la declara nuevamente nuestra Patrona.
Quiere conservar su reinado; y por esto el Representante de Dios
sobre la tierra nos manda áurea corona para que se la imponamos
nosotros, como símbolo de nuestro constante homenaje, y como pro-
mesa solemne, de que no la hemos de abandonar para fabricarnos,
como en otras partes, algún rey de la plata, rey del acero, rey-
del carbón o rey del aceite. Una es nuestra Reina, y esa eres --
Tú, Patrona augusta de Santa Fe de Granada y de Santa Fe de Gua-
najuato.

Y qué! Se limitan nuestros deberes a lanzar unos cuantos vi-
vas al viento? Mal caballero y mal cristiano será quien tal se -
imagine. Al amor de María debe corresponder el amor nuestro, ma-
nifestado en nuestras buenas obras. A la que ha conservado nues-
tra fe, debemos corresponder guardando esa fe, incólume en nues-
tros corazones. A la que nos ha preservado de las perversas cos-
tumbres que suele acarrear la prosperidad, debemos mostrar nues-
tra gratitud conservando intacta nuestra pureza, y lavándonos --
más y más con el hisopo de la penitencia. A la que vela por no--

...tentar la entrada por diferentes maneras, el tener siempre la m...
no en la alzada de nuestra puerta, el rogarlos diana y amorosa-
mente que se apremios, como si él se importara alguna cosa y no
fuera nuestra salud y bienestar todo el asunto; el decirnos
por horas y por momentos con el Español: "Adiós, hermana mía, es
posible que me vaya más y mi amada y perfecta, que traigo llena de
todo mi cabeza, y con las gotas de las noches de las noches."

Basta ya, sabio Maestro. Son más que suficientes estas pala-
bras para propósitos que le han escrito que es muy diferente de los
soberanos de la tierra. Solo se le asemeja su bendita Madre, la
que fue coronada en su gloriosa Asunción Reina de los Angeles y
de los hombres, la que ha sido en especial Reina y Patrona de
nuestra Ciudad, que dejando hoy sus atavíos ordinarios se viste
de ricas galas, y acaba de recibir nueva corona enviada directa-
mente por el representante de su Hijo divino.

Pero por qué ese continuo atiborar a nuestra puerta, ese ro-
dear constantemente nuestra morada, cual si corriésemos nuevos
peligros y nos amenazase ruina ni prevalete ni concidat? Si se em-
peña en salvarnos a despecho de nosotros mismos, ¿quiere decir es
la redoblada vigilancia que nos empañamos en perderlos?

Dura es la respuesta; pero inevitable. Si nuevos peligros
nos amenazan, y por esto la Divina Providencia le encomienda con
redoblado aún nuestro patrocinio, y el Rey de los cielos la re-
ca con su cetro imponiéndole nueva corona.

El enemigo que nos cercos no es el mahometismo ni el paganismo
de antaño; no son las riquezas ni la Discordia. Es el indier-
tismo, el apago a las comodidades de esta vida, el afán por que
prosperen la industria y el comercio, con mengua de la Religión
y de la Fe. De este nuevo peligro nos quiere salvar, y en tal
virtud, el Sumo Pontífice le declara nuevamente nuestra Patrona.
Quiere conservar su reino; y por esto el Representante de Dios
sobre la tierra nos manda áurea corona para que se la impongan
nosotros, como símbolo de nuestro constante homenaje, y como pro-
mess solenne, de que no la hemos de abandonar para fabricarnos
como en otras partes, algún rey de la plata, rey del acero, rey
del carbón o rey del aceite. Una es nuestra Reina, y esa eres
tú, Patrona augusta de Santa Fe de Granada y de Santa Fe de Gua-
najuato.

Y qué se limitan nuestros deberes a lanzar unos cuantos vi-
vas al viento? Mal caballero y mal cristiano sería quien tal se
imagine. Al amor de María debe corresponder el amor nuestro, ma-
nifestado en nuestras buenas obras. A la que ha conservado nues-
tra Fe, debemos corresponder guardando esa Fe, incluímos en nues-
tros corazones. A la que nos ha preservado de las perversiones con-
temporales que suele acarrear la prosperidad, debemos mostrar nues-
tra gratitud conservando intacta nuestra pureza, y lavándonos
más y más con el hisopo de la penitencia. A la que vela por no-

sotros, debemos probar nuestro reconocimiento con una vigilancia
incansable sobre nosotros mismos.

Esto significa la corona que hoy le ofrecemos; esto el manto-
regio, primor del arte, con que la hemos revestido.

Efigie sagrada de nuestra Patrona Celéstial, que has sido tes-
tigo de tantas victorias y tantos desastres en los mil años que-
tienes de existencia: vive otros mil. Vive sin presenciar más --
que la dicha de tus hijos, de los hijos que cobijas con tu estre-
llado manto. Quizá después de diez siglos otra voz te diga como-
la mía: "habla". Habla, dinos algo de ese siglo veinte, que te
cibió con áurea corona. Se parecía la raza que entonces se agrupó
a tus pies, a la de aquellos héroes que conquistaron a Granada?
Desmerecía de los que conquistaron a México? Igualaba a los que
construyeron la Santa Fe de ambos hemisferios? Te amaba como te
amaban aquéllos y como te amamos nosotros, los hijos del siglo --
treinta?..... Qué les responderás Patrona nuestra, Reina ---
nuestra, Madre de Misericordia?

No quiero arrogarme el derecho de hablar ni a nombre de nues-
tra Patrona, ni a nombre de nuestro pueblo. Lo dejo a la piedad,
al celo y al fervor del Pastor, joven aunque coronado de verde -
canicie, a quien el Señor ha confiado este Rebaño. Dulce y satis-
factoria será sin duda la respuesta, si apacienta esta grey, co-
mo lo hará sin duda, con el valor, la constancia, la abnegación-
de que dió pruebas en la remota Tehuantepec. Largos años pasó en
aquellas ardientes playas sin proferir una queja y convirtiéndolo
en rosas los abrojos y espinas. Que el Señor lo premie, sembrando
en sus nuevos caminos, lirios y azucenas, y haciéndolo el hi-
jo predilecto de la coronada Reina y jurada patrona de Santa Fe-
de Guanajuato. Así sea.

.....